

III

Ha llegado el momento de las grandes peregrinaciones internacionales; principia á notarse el vértigo especial de esta ciudad, acometida por todas partes; aquí están los peregrinos de la Lorena, de la Champaña, de la Provenza, de Normandía, del Rouergue y del Berrí. Un ejército de belgas, que desembarcó ayer, invade la explanada y surca las calles; para esta mañana son esperados los trenes de Bretaña, con un nuevo refuerzo de belgas y de holandeses.

Lourdes cruje ya en la insanchable cintura de sus montes. Ha cesado la lluvia; un polvo morado cae del cielo, implacablemente puro, sobre las montañas ya libres de todo velo. El alto y el bajo Gers doran al sol el ceniciento caparazón de sus rocas; los escasos pastos pegados á sus costados verdean. Se ve subir lentamente un bultito por una ranura abierta en una de las vertientes; parece como una oruga blanca que se

arrastra: es el funicular, que, tan pronto en plena luz, tan pronto en la sombra de los túneles, trepa hasta la cúspide. Parece como que el sol aecha bienestar y cierge alegría sobre el valle en que retumba el sonido de la trompa de caza que le sirve de llamada al traperero cuyo carricoche asoma por la carretera, á lo lejos.

Bajo para asistir á la llegada de los fieles del Finisterre y del Morbihán; las calles de la ciudad vieja y el puente están atiborrados de gente; el indolente rebaño de bretones se mueve sin cambiar de sitio, acosado por sus sacerdotes, que, cual perros de ganado, lo empujan; pero las tiendas de baratijas de devoción hipnotizan á las mujeres, y es preciso cogerlas por un brazo y tirar de ellas para conseguir que adelanten un poco. Como adormiladas, atontadas, miran, cual si acabaran de despertar de un ensueño, cargadas de pesadas cestas y de cantimploras de metal, y la mayor parte de los hombres andan, con los brazos caídos, pronunciando escasas palabras, embotado el espíritu, rumiando, cual ganado, no se sabe qué. Lo cierto es que están rendidos por el cansancio del viaje, y que se hallan en un país muy distinto del suyo. Siquiera aportan un poco de color local en el monótono conjunto de los invariables colores grises y negros de las demás provincias. Los hombres llevan el conocido sombrero con cinta de terciopelo, la chaquetilla y el chaleco de color azul

pavo real ó morado de obispo, adornados de pasamanería de color de canario, con botones redondos de cobre; pero únicamente el busto ha conservado el aspecto y la forma de la tierra; la parte baja es vulgar, de una fealdad sucia que forma contraste con la parte casi fresca de arriba. Una faja de zuavo, azul de añil, limita las dos zonas de la pintoresca chaquetilla y del feo calzón comprado en una tienda de prendero de puerto de mar. Algunos de esos calzones conservan la forma del antiguo delantero; pero, como los modernos, están fabricados con tejidos de color de pizarra; otros, relucientes y manchados por el uso, han tomado ese tono pardo sucio de las aceitunas negras; sólo un hombre, entre tantos como vienen, ostenta el traje completo, con los gregüescos y las polainas de color de canela, un viejo, alto y muy derecho, con largos cabellos blancos, cara sonrosada, ojos sanos de mirada firme, un tanto hundidos.

Y casi todos esos marinos tienen facciones rígidas, una tez de boj antiguo, pupilas claras, de ese azul especial que, en el Finisterre, tienen los carneros negros.

Las mujeres, gordas ó huesudas, con piel de tela de cebolla, saladas por el rocío de la costa, con ojos azul claro ó verde mar; las muchachas, con cabezas diminutas y cráneos duros, están envueltas en sayas acampanadas adornadas con bordados de color de rosa ó morados, pero muy

chillones. También ellas son de un sitio cualquiera desde la cintura para abajo, y desde el talle hasta la nuca se vuelven bretonas; algunas llevan golas encañonadas como en tiempo de Luis XIII, y cuerpos con adornos superpuestos, de terciopelo, en forma de medias lunas ó de tenazas de cangrejo de mar; una ó dos, oriundas del fondo del Finisterre, se parecen á holandesas, con sus vestidos ribeteados de color de naranja y los bordados de lentejuelas de su cofia; todas sobresalen, entre la muchedumbre, por sus gorros chuscos y variados; tienen éstos, en efecto, las más extrañas formas, desde la maceta puesta al revés, sobre el moño, el casquete almidonado y la corta mitra, hasta las alas de mariposa y otras no menos caprichosas imaginaciones.

En medio de esa masa humana venida de la Armórica, que culebrea por las calles y en el puente, lisiados y mancos, niños deformes, ancianos cuyas paperas cuelgan, semejantes á peras enormes, viejas que cojean, apoyadas sobre muletas, ciegos con pupilas que parecen clara de huevo, están rodeados y vigilados por las hermanas del Espíritu Santo, cuyo traje, que parece cortado en crudillo, con sólo un poquito de negro en la capucha, resulta como una sonrisa de blancura en medio del tono obscuro de las ropas de los demás.

Los curas, con caras de campesinos y de pes-

cadores, se impacientan por la lentitud con que andan sus fieles; pero, por más que dicen y hacen, las mujeres no se dan por entendidas; una de ellas, parada en medio del puente, sobre la acera, para hacerse limpiar el calzado, discute con el limpiabotas, que le pide diez céntimos, no queriendo ella dar más que cinco, pretextando que no son grandes sus pies.

Por fin llega la procesión hasta un San Miguel de bronce que dibuja sin gracia un paso de vals sobre el tumbado cuerpo de una especie de notario disfrazado de demonio; sobresale por encima del monumento del Calvario, que está colocado al principio de la explanada, y fué ofrecido por esa misma Bretaña á la Virgen de Lourdes; el cura que guía el cortejo se para y se vuelve; su ganado lo imita; alza los brazos, y comienza el cántico cuyo estribillo es:

¡ Otra vez venimos del país de Arvor,
En donde el suelo es duro, y fuerte el corazón,
Orgullosos de nuestra Fe, nuestro único tesoro,
Venimos del país de Arvor!

Y todos se dirigen hacia la gruta, hendiendo una muchedumbre de peregrinos de todas las procedencias que se distinguen por sus insignias, pues aquí todo el mundo ostenta una cinta ó una roseta, todo el mundo está condecorado; los belgas llevan en el ojal una minúscula escarapela, negra, amarilla y encarnada:

los colores de su bandera; los borgoñones, los mismos colores, más una cruz de metal; los normandos, una cruz de franela encarnada; los bretones, un Sagrado Corazón, de la misma tela; los del Berrí, una margarita blanca sobre un fondo ceniciento azulado, y muchos más...

Sacudidos por el oleaje de aquel gentío, remolcados hacia adelante y colocados en hilera por las hermanas del Espíritu Santo y por el clero, los bretones consiguen por fin llegar á la gruta: pero todo está ya lleno. La orilla del río parece un hormiguero, y muy poco espacio queda entre las verjas de la gruta y los antepechos del Gave. Los camilleros, encargados de mantener orden, se colocan enfrente y tienden cuerdas para asegurar un sendero libre á los cochecillos de los enfermos que bajan del hospital.

En este momento, la basílica, la cripta que la soporta y el Rosario están atestados de gente; grupos están inmóviles ante las puertas, dejadas abiertas: oyen misa desde lejos, mientras la colina de Espelugues, en la que está plantado un vía crucis, se anima, gira sobre sí misma en una lenta espiral, y canta.

Parece andar con la gente que sube por los caminos en zigzag de sus costados: es una peregrinación del Quercy que serpentea, precedida de una bandera, bramando, con voces que recuerdan placas de hierro martilleadas, un cá-

tico en que se distinguen cosas como : « De Dios la rouzado » y « pitchún ».

A éstos, los conozco ; son, por decirlo así, los carboneros de Lourdes ; todo en ellos es negro : traje, cofias y vestidos ; ni siquiera una mancha blanca de ropa interior, cerca del cuello ; hasta sus mismas facciones parecen estar acentuadas por toques de carboncillo. Ayer iban y venían, con compostura, por las calles de la ciudad ; y los comerciantes, que saben que no compran nada, bromeaban, oyéndolos expresarse en su jerga ante los escaparates.

Y mientras ese obscuro Mediodía camina, mugiendo, por los senderos de la ladera, se ha conseguido, aunque á duras penas, hacinar á los bretones cerca de la gruta, y ahora escuchan el sermón de uno de sus rectores, encaramado en el púlpito. Se han quitado los sombreros y están atentos, y después, mientras se reza el rosario, todos, con beata expresión, clavan sus miradas en la estatua blanca y azul de Nuestra Señora. Reciben empellones, codazos, les aplastan sus voluminosos pies con objeto de abrir entre sus filas un nuevo camino para los impedidos ; pero ninguno de ellos se queja ni interrumpe su rezo ; ya no son los adormilados patanes de antes, sino buenas y humildes gentes que imploran, con la piedad sencilla y robusta de su raza, á esa Virgen á la que de tan lejos han venido á venerar. Después del rosario, sin ruido y guiados por

monjas, desfilarán dos á dos, ante la gruta, y besarán la roca, entrando por una de las puertas de la verja para salir por la otra, y después irán, en hilera, á beber agua de la fuente.

Voy á las piscinas. La plaza, limitada por barreras y cerrada por cuerdas tendidas, ante los tres edículos de estilo confusamente gótico, pegados en la parte baja de la roca, bajo un costado de la basílica, á algunos pasos de la gruta, está llena de cochecillos de imposibilitados ; y camilleros, con sus tirantes de correa que son el « pase » de Lourdes, van y vienen, arreglan la almohada de un enfermo mientras le dan de beber, muy solícitos realmente con esos desgraciados á quienes llevan ó arrastran, desde el hospital á las piscinas, haciendo de verdaderas bestias de carga y de tiro.

Un cura, con cara patibularia y una barba de lo menos cinco días, salido de cualquier rincón de provincia, cae de rodillas, con los brazos en cruz, frente al público. Reza en alta voz el rosario, invoca con desaforados gritos á la Virgen, la suplica que cure á los pacientes á quienes están bañando. El alma abrasada del cura ilumina sus propias facciones, y poco á poco obra en los espectadores, que á su vez se enardecen. ¡ Qué bien reza, ese pobre vicario campesino ! ¡ qué eco de voz y qué ojos ! ¡ ojos de fuego y de agua, brasas que arden entre lágrimas !

Y siguen llegando cochecillos, y en ellos

nen : paráliticos pálidos, de labios colgantes, mirando, sin verlo, no se sabe qué, en el suelo; hidrópicos, con la cabeza echada hacia atrás, cual si quisieran sustraerse á la pesadilla de sus vientres hinchados como bombonas; tísicos, huecos y téticos, cuyos ojos barnizados vagan por todas partes; cardíacos, ahogándose, alzando el cuello, en su perpetuo esfuerzo de buscar aire, más aire.

Los cochecillos son colocados unos al lado de otros; he aquí, ahora, los coches, mucho mayores, de los enfermos gravísimos, en inminente peligro de muerte; están éstos sobre colchones colocados en camillas de brazos : hombres y mujeres lívidos, de facciones convulsas, con narices pellizcadas ya por los dedos de la muerte, con la boca marcada por dos surcos cenicientos, y ojos amaratados, hundidos, como clavados en una cosa blanca.

Los camilleros acuden presurosos, bajan con precaución las camillas y las depositan á las puertas de las piscinas, cerradas por cortinas.

Ante esas imágenes del dolor que pasan, el sacerdote, de rodillas, azota á la muchedumbre, la exaspera con gritos de piedad que parecen arrancarle á él su propia alma.

— ¡ Señor, salvad á nuestros enfermos !

Y de nuevo cae la furiosa granizada de los Ave María.

— ¡ Os amamos, María !

Arrencia la tormenta de los Ave — y se descorren las cortinas de las piscinas. Todos se inclinan ávidamente para distinguir la fisonomía de los que de ellas salen; espéranse curaciones milagrosas, y todos ven á míseros seres acostados y que siguen viviendo para sufrir : ¡ ay ! ¡ vanas han sido para éstos las súplicas de esta mañana ! — Veamos, sin embargo, si, dentro, no ha habido, á falta de curación completa, algún alivio notable. Cruzo por entre los coches y aparto la cortina de los baños.

La primera vez que entré en aquellas salas, quedé sorprendido; por los relatos de Zola, que siempre pintaba sus lienzos en grande, como decoraciones de teatro, me las figuraba yo muy extensas; creía yo que, cuando menos, eran piezas ventiladas y cómodas, con amplios recipientes, á cuyo alrededor enfermos y enfermeros se movían á sus anchas. No hay tal cosa : dichos cuartos tienen justo el tamaño de los de casas de baños baratos. Como puerta, una cortina; tres paredes; la del fondo, provista de un ventanal que no deja pasar la claridad y en el que está pintada una Virgen; por debajo hay una estatuita de Nuestra Señora de Lourdes; las otras dos paredes son modestos tabiques, sin adornos; finalmente, en el centro se abre un recipiente de piedra, poco profundo, al que se baja por algunos peldaños; el mobiliario se compone de una silla. En ese oscuro tabuco es donde

trabaja la Virgen, convertida en camarera de casa de baños; en ese cuchitril húmedo, en esa agua putrefacta, es donde efectúa Ella sus prodigios.

¡Y se siente uno angustiado, y casi tiembla, y repasa toda su vida, al pensar que está Ella aquí, invisible, en este estrecho cuarto, que casi la tocamos, y que, dentro de un minuto, afirmará, si lo tiene á bien, su presencia, por medio de una curación!

¡Menester sería tener el alma sin mancha de Bernadette para atreverse á estar, sin rubor, cerca de la Virgen! Se siente uno muy pequeño, hasta avergonzado, al pasearse por estos sitios, cual simple curioso; aunque después de todo, no resulta uno del todo inútil, puesto que viene á rezar por los pobres enfermos desahuciados, puesto que no le hablamos de nosotros mismos, sino de ellos!

Y, maquinalmente, la buscamos, y sólo vemos su modestísima efigie pintada en un cristal ó vaciada en yeso. — ¡Ah, no es Ella! ¡no, nó! — Mira uno esta agua que podría reflejar su sonrisa, si no hubiera aquélla perdido, en el cieno de las llagas aquí bañadas, la facultad de reverberar la más insignificante imagen; es opaca y está muerta; y, sin embargo, no, vive, atenta y dócil, pronta á obedecer, desde las Apariciones, á los mandatos del Profeta y del Salmista, quienes le impusieron la obligación,

muchísimo antes de que naciera el Hijo, de celebrar sus alabanzas; y el agua cumple dicho mandato, promulgando sus milagros, ahora que ha sido escogida por la Madre, para servir de vehículo á las curaciones.

Esta mañana, el estrecho pasillo que conduce al cuartito donde desnudan á los enfermos, y á las piscinas, está obstruido por camillas habitadas, en el momento de mi llegada. Un señor ya de edad, cuya cabeza, de forma de huevo, sólo en la parte baja tiene pelo, parece desempeñar importantísimo papel: metido en un traje de ciclista, da órdenes, contoneándose, excita el celo de los bañeros, apunta con aire importante, en un cuaderno, el número de baños; dicho individuo es un ejemplar de esos necios que se creen indispensables: sería cosa de reirse si no resultara tan triste el espectáculo que tenemos ante la vista.

Cuatro personas emprenden la tarea de desnudar á un enfermo cuya espalda no es más que una llaga; un insoportable olor de pus y de cáver se agarra á las gargantas; el hombre, doblado en dos, gime, con los labios entreabiertos y los dientes apretados. Por pudor, se le ata un trapo sobre el vientre, le pasan una cincha bajo los riñones, y, lo más hábilmente que pueden, lo deslizan los bañeros hasta dentro de la piscina. Al sentir el agua fría, toda su piel forma como un oleaje sobre su cuerpo; se ahoga, echa

la cabeza sobre los hombros; lo retiran y, sin secarlo, de nuevo lo visten y se lo llevan.

Mientras duraba el baño, todos han rezado con cuanto fervor podían; mas, ¿cómo no confiarse en la súplica labial, cómo pensar en lo que uno dice? El paciente está medio desmayado y ya no sabe dónde se halla, y los enfermeros están absortos en su ruda faena; yo mismo, á pesar de desear de veras la curación de ese infeliz y de pedírsela á la Virgen, me siento distraído por lo que veo; de modo que, en realidad, las súplicas más válidas son las de fuera, las que desde aquí se oyen, continuas y vehementes, no bien se alza la cortina.

Pero recae ésta sobre una nueva camilla recién traída. De ella sale un ser, hecho un garabato, cuya cara, á la que el dolor comunica como un espanto, me trastorna. ¡Qué horrible cosa! le quitan su manta, su ropa, su chaleco de franela, y aparece un esqueleto cubierto de sudor. Lo bajan suavemente hasta el agua; la amasa con sus dedos crispados, y estertora; lo sacan y lo vuelven á colocar, todo mojado, sobre su camilla — y entra otro.

¡Ah! ¡qué mirada la de éste! — dos llamas de gas, encendidas en las órbitas de una calavera, y que aparecen, á turno, como alzadas por la esperanza y bajadas por el miedo; le quitan la camisa, manchada, á trechos, de pus viscoso y de sangre reciente, y, que, en otros sitios, re-

sulta como almidonada, por manchas de humor seco que la hacen asemejarse á esparadrapo. Y aparece el hombre, con voluminosas granadas abiertas en los costados.

Una vez metido en el agua jadea, con ronco gemido; los ojos se salen de sus cuencas, y tapones de algodón en rama, no despegados antes, flotan. Lo retiran, le vuelven á colocar, mejor ó peor, después de haberlos sumergido en la piscina, los trapos de su apósito, y toma su puesto un joven sacerdote vestido del todo y acostado sobre un colchón. Éste se está muriendo de una enfermedad del corazón llegada á su último período. Le desabrochan la sotana, le apartan la camisa, y, por orden del individuo que anota los baños, le hacen simplemente lociones sobre el pecho.

Los camilleros se lo llevan; ahora oímos gritos espantosos, gritos de un desgraciado niño que suplica que no lo bañen...

Me voy á las demás piscinas: idéntico espectáculo; impedidos yacen sobre camillas, mientras el agua sigue aún agitada, por la reciente inmersión; por momentos, tufaradas de yódoforno cruzan el aire apeestado por los alientos cansados y por las heridas; por todas partes se ven hilas y pedazos de algodón en rama cubiertos de pus y de sangre.

El agua se ha convertido en un inmundito caldo, en una especie de agua sucia de cocina,

llena de burbujas; ampollas rojizas y blanquizcas nadan en ese estaño líquido en el que siguen bañando á los enfermos.

Y en esto estriba precisamente el milagro permanente de Lourdes : en recipientes contaminados meten los bañeros á enfermos sin que haya terminado su digestión ; hasta el cuello sumergen á mujeres en épocas en que el más elemental sentido común prohíbe á una mujer tomar un baño ; no es raro que, en estos casos, se vuelva la piscina un charco rojizo : y á nadie le da una congestión, nadie se resiente del frío repentino del agua, y eso que no secan después á los enfermos... Las curas antisépticas, tan ensalzadas por la cirugía, se convierten aquí en simples compresas de agua de Lourdes, y no parecen exacerbarse por eso las llagas. Nunca recibieron tan irónicos mentís la higiene y la medicina. Aquí, ninguna afección se produce, y ninguna enfermedad, si no es curada, se agrava ; y esta exención se extiende también á los hospitales, en donde casi nunca fallecen los enfermos, extenuados, sin embargo, por el cansancio del viaje, y que llegan aquí casi moribundos. En Lourdes hay muy pocas defunciones. Tomando como término medio cuatro días y un número de mil enfermos, los cuales arrojarían en los demás hospitales una mortalidad de lo menos veinte durante esos cuatro días, vemos que aquí, y eso desde hace veinte años, los muertos se redu-

cen, en las mismas condiciones, á uno ó dos.

¿Cómo, si no se cree en una intervención divina, explicar esa impunidad asegurada sólo á Lourdes y mientras vivamos en la zona protectora de la Virgen?